

RESEÑAS DE LIBROS

Chie Nakane y Shinzaburo Oishi (comps.), *Tokugawa Japan. The Social and Economic Antecedents of Modern Japan*, Tokio, Departamento de publicaciones de la Universidad de Tokio, 1990. Compilador de la traducción, Conrad Totman.

CADA GENERACIÓN DE JAPONÓLOGOS cuenta con una historia general de referencia, donde se presenta la suma de los conocimientos y de las posibilidades interpretativas ofrecidos en las obras de investigaciones realizadas hasta la publicación de dicha historia general. Para la generación de la década de los sesenta y de los años posteriores, por ejemplo, *A history of Japan* de George Sansom constituía la historia estándar. En la segunda mitad de la década de los ochenta, comenzó a aparecer una nueva serie de la historia de Japón, publicada en seis volúmenes por el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Cambridge, mediante la cual los autores se proponen señalar la frontera de los estudios históricos.

Este tipo de publicación, por su carácter general, tiende a padecer de algunos defectos. Es común que se omitan aspectos que el autor o los autores consideran de poca importancia y que no se incluyan tendencias innovadoras, que desafían los puntos de vista establecidos, cuando esas tendencias aun no son apoyadas ampliamente. Otro defecto común es poner demasiado peso sobre la historia política, la del gobierno y de las instituciones políticas, así como sobre la de los grupos y personalidades en el poder. Si bien todavía no se ha terminado de publicar la parte antigua de la serie de Cambridge, ya se ha señalado su visión conservadora de la historia general—centrada básicamente sobre el desarrollo político y sus actores— con excepción de algunos artículos separados de gran valor innovador.¹ En consecuencia, surge la necesidad de lecturas complementarias.

El libro que aquí reseñamos ofrece una visión alternativa de la historia y del Japón premoderno, en la medida en que enfoca el desarrollo socioeconómico y pone mayor atención sobre la vida de la gente común y sobre el papel que ésta desempeñó en la formulación de las premisas de la modernidad. El libro contiene nueve artículos que reflejan los últimos logros en cada campo de la investigación histórica, al mismo tiempo que introducen un modo original de abordar temas ya ampliamente tratados.

¹ *Bulletin of Concerned Asian Scholars*.

Dado que esta obra es producto de un simposio sobre los antecedentes del Japón moderno en la época Tokugawa, ella pone énfasis en señalar que fue en la época premoderna cuando maduraron las condiciones del desarrollo moderno, premisa que todos los autores tratan de corroborar.

“El sistema bakujan”, de Shinzaburo Oishi, considera la época premoderna entera a partir de la reunificación del país por Oda Nobunaga, hasta la caída del shogunato Tokugawa. El artículo explica los porqués de los éxitos y fracasos de los tres unificadores: Nobunaga, Jideyoshi e Ieyasu a partir de las bases socioeconómicas. Asimismo, explica la estabilidad del shogunato Tokugawa por la combinación de los recursos administrativo-institucionales de orden con las medidas de promoción de nuevos talentos, para adecuarse así a las situaciones innovadoras producidas por la expansión de la economía mercantil, fuera del control del shogun o de los señores. El shogunato entró en crisis cuando la reacción conservadora contra la política mercantilista innovadora de Tanuma Okitsugu se impuso dentro del grupo de poder, obstruyendo el camino de la adecuación paulatina y de la política de revisión constante.

Tsuneo Sato discute el tema de la vida rural en dos partes: “Características específicas de las aldeas agrícolas” y “Avances en la agricultura”. La primera parte presenta un resumen bien organizado, pero un poco esquemático, de la organización social en el campo premoderno —que ya conocemos por la amplia literatura que existe sobre el tema. La segunda parte, en cambio, ofrece una información poco común, por lo menos en inglés, sobre la práctica agrícola dinámica, que ilustra con algunos detalles clave. Según el autor, el proceso tecnológico que habría de culminar en dos actividades de fundamental importancia: el cultivo de arroz y la sericultura, acaeció en la época examinada. Su conclusión, que destaca la contribución campesina a la formulación de la premisa de la modernidad, es muy lógica:

Puesto que el marco de la economía japonesa moderna se sostenía sobre dos pilares: el arroz y la sericultura, y el conocimiento técnico derivado de estas dos actividades agrícolas fue formulado por los campesinos mismos de la época Tokugawa en estos libros de cultivo, éstos jugaron, en última instancia, un papel clave en el desarrollo del Japón moderno (p. 80).

Aparte de discutir la agricultura —sin duda la actividad económica más importante— el libro también aborda el desarrollo de la industria rural; por ejemplo, el cultivo y procesamiento industrial del algodón. Satoru Nakamura analiza el proceso de reacción y adaptación frente a la apertura del comercio y la competencia internacional, a partir de 1860. El autor sostiene que el desarrollo de la industria textil artesanal en la época premoderna preparó el terreno para que se diera una rápida respuesta al desafío exterior, con la modernización industrial en la era Meidyi.

Otro tópico de economía que se toca en el libro es el que se refiere a la práctica administrativa de las casas comerciales. El autor del artículo, Yotaro Sakudo, examina dos prácticas contrastantes de las casas Mitsui y Sumitomo. Para Sakudo, las premisas de creación tanto de los *dzaibatsu* (consorcios industrial-financieros dirigidos por un grupo de parentesco) como de la afamada administración japonesa se puede encontrar en la organización de estas casas en la época premoderna. Sin embargo, es necesario tener clara la diferencia que existe entre el tipo de empresa comercial premoderna y el consorcio industrial-financiero de la época moderna. Es posible que el mismo principio organizativo operara en ambas unidades económicas, pero la conversión de una en la otra requiere de un cambio radical en el contexto y en la naturaleza de la empresa.

Una de las características sobresalientes de esta obra colectiva es el fuerte énfasis sobre el desarrollo de la conciencia emprendedora y el alto nivel de la cultura de la gente del común. Varios autores señalan la importancia del conocimiento de las letras para los campesinos, comerciantes y artesanos.

El trabajo de Katsuhisa Moriya sobre la red de centros urbanos y, especialmente, sobre la red de información que se extendía junto con el desarrollo de las vías de comunicación y de los medios de transporte a lo largo y ancho del país, es particularmente ilustrativo. El autor señala la importancia que se le dio a la información y a su transmisión veloz y segura, no sólo para fines oficiales o señoriales sino para las transacciones comerciales comunes.

Tatsuro Akai y Masakatsu Gunji desarrollan temas de arte popular y del consumo de éste. Akai presenta, tomando el ejemplo de las pinturas, cómo la gente común del campo y de la ciudad entra en contacto con las obras de arte. Al principio, los rollos de pintura religiosa, los mandala budistas o la vida del fundador de una u otra secta budista o de algún santuario shintoísta, se exhibían para predicar entre las masas analfabetas, los niños y las mujeres. El autor le dedica especial atención a las monjas budistas transhumantes de Kumano, quienes de hecho cumplían función de artistas itinerantes. La explicación que éstas hacían de las pinturas iba acompañada de gestos y canciones, y según testimonio de Engelbert Kaempfer —el médico al servicio de la Compañía Holandesa de Indias Orientales que viajó de Nagasaki a Edo en 1691— había una belleza poco común entre estas monjas (p. 171). El artículo también pone de manifiesto la imagen de una próspera industria del grabado en madera, tanto de pinturas policromáticas como de libros de gran variedad de géneros, desde cuentos ilustrados para niños hasta tratados académicos, pasando por novelas y literatura erótica. Existía además una amplia red de renta de libros, por medio del comercio establecido y ambulante. Se señala también el surgimiento de la producción comercial, cuando el gusto y

la preferencia de las masas consumidoras comenzó a tener importancia tanto para los artistas como para los comerciantes-productores.

En cuanto al teatro kabuki, este arte popular urbano que tuvo un extraordinario impacto social, Gunji demuestra la gran distancia que existía entre la realidad y los decretos del shogun emitidos para controlarlo. Según el regulamiento oficial, al actor de kabuki se le asignaba un estatus ínfimo y se emitían repetidas veces prohibiciones y restricciones rigurosas para la representación de dicho teatro. Sin embargo, el teatro kabuki tuvo una gran popularidad, y los actores de kabuki ejercían una considerable influencia sobre el gusto y la moral de la población en general, incluyendo a los samurai. El autor señala que al principio los autores de kabuki se inspiraban en los acontecimientos contemporáneos, transmitiendo un sabor de actualidad y realismo. Se producían obras que ridiculizaban las costumbres y las maneras de los samurai, rigidamente reglamentadas. En ese entonces los recursos escénicos eran variados, y abarcaban tanto el realismo como la estilización, según lo exigiera la obra. No obstante, la represión oficial orilló a los autores de fines de la época Tokugawa a preferir los tópicos fantasiosos y la escenificación tendió a una fuerte estilización. La época moderna heredó el teatro kabuki estilizado de la última etapa de Tokugawa.

El trabajo que intenta analizar la estructura espacial de Edo, la gran metrópoli, resulta esquemático y poco convincente, quizá porque carece del equilibrio —en general bien logrado en este libro— entre el marco teórico, o la interpretación y la generalización, y los hechos y detalles fácticos que logran crear una imagen enriquecida. Quizá la calidad de la traducción tenga algo que ver también en este trabajo particular. Debo señalar, sin embargo, que en términos generales, las traducciones merecen reconocimiento. Especialmente, los trabajos de Mikiso Hane, Ronald P. Toby y Timothy Clark se distinguen por la precisión y la gracia.

La época Tokugawa, especialmente a partir de fines del siglo xvii, se caracterizó por el florecimiento de la cultura popular urbana de los chonin (comerciantes), a pesar de que eran los samurai (guerreros) quienes conformaban el estrato "privilegiado" y dominante. Chie Nakane encuentra la explicación del rápido desarrollo moderno del país precisamente en el vigor de la cultura popular alcanzado en la época Tokugawa:

En conclusión, el sistema social de Tokugawa estimuló a los de abajo a mejorarse y elevó el nivel de sofisticación de las masas populares. Para explicar el desarrollo moderno de Japón comúnmente se hace referencia a la política de educación nacional obligatoria instituida en la era de Meidi. En mi opinión, sin embargo, debe considerarse como más importante la mejor calidad y el alto nivel de conciencia de los campesinos, comerciantes y artesanos de la época Tokugawa. En otras palabras, era un pueblo extremadamente bien entrenado (p. 231).

Nakane explica el origen de la vitalidad de la cultura popular y de la amplia participación de la gente común en las actividades artísticas, académicas e intelectuales, en comparación con la participación de los samurai. Según la autora, el hecho de que los samurai no monopolizaran estas actividades resultó en la pobreza de la tradición académica en cuanto a los estudios y a las artes puros; sin embargo, esto estimuló la difusión de conocimientos y artes a nivel popular (pp. 228 y 230).

Esta experiencia premoderna del pueblo japonés contrasta con las experiencias de otros pueblos vecinos de Asia: China, Corea e India. En estos pueblos, el conocimiento de las letras, y las actividades académicas y artísticas, eran prerrogativas exclusivas del estrato dominante o del profesionalista especializado, con lo que las masas populares quedaban fuera del ejercicio de las letras y de otras artes. La autora considera también importante la separación física que existía entre los campesinos y los samurai y señores, para el desarrollo de una cultura popular vigorosa.

El libro tiene algunos defectos. Por ejemplo, la falta de notas y de referencias bibliográficas. Esto quizá refleje el hecho de que los trabajos fueron producidos inicialmente en forma de ponencias. Se podría haber tenido consideración por la mayoría del público lector, que no tendría acceso a una literatura que en su mayoría está en japonés. Es una lástima que el libro no cuente con un aparato erudito básico, ya que los tópicos y los modos de abordarlos podrían interesarle también a investigadores fuera de Japón.

Existen también algunos puntos sobre los cuales se podría discutir con los autores. A continuación, señalaré dos de ellos.

Cuando Oishi plantea que la causa de la caída del shogunato Tokugawa fue su creciente rigidización, y la naturaleza reaccionaria de las reformas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, podría decirse que tiene razón en términos generales. Sin embargo, es importante destacar que fue precisamente en esa época cuando se estableció el fundamento de la política local del Estado Meiyi. Una serie de medidas administrativas, que culminaría en la Reforma de Bunsei alrededor de 1828, y que siguió básicamente vigente hasta la época moderna —a pesar de los cambios en el poder en otras esferas— afectó profundamente la interrelación entre las masas populares y el Estado. Este último aspecto tuvo una influencia decisiva sobre los temas que se tratan en el libro. La omisión de él es, pues, inexplicable en un historiador que cuenta con magníficos estudios sobre la Reforma de Kiojo, que abarcan tanto la política y los cambios socioeconómicos en la esfera superior del poder como procesos paralelos o contrarios en las comunidades y sus interrelaciones.

Otro punto a discutir se refiere al de consabida afirmación acerca del carácter cerrado de las comunidades aldeanas, afirmación que Nakane repite en este libro. De hecho, esta proposición la deshechan con sufi-

cientes argumentos otros autores del mismo libro. Sato, por ejemplo, quien parte de la idea convencional de la comunidad cerrada, termina por concluir más adelante lo contrario, y ofrece evidencias de interrelaciones comerciales, sociales y culturales. Varios autores, en particular, Nakamura, Moriya y Akai ofrecen del panorama rural una visión totalmente opuesta a la que nos presenta Nakane. Quizá, lo que éste haga sea comparar la situación de las comunidades aldeanas japonesas premodernas con la de las ciudades contemporáneas o con la de otras sociedades. Es importante tener una noción de medida cuando se habla del desarrollo de la comunicación e integración del Japón rural en la época examinada. Sin embargo, incluso para sostener su propia conclusión, es importante señalar que hacia comienzos del siglo XIX, buena parte de la población rural estaba experimentando una apertura tanto socioeconómica como psicocultural.

Un tercer punto a discutir es el énfasis que ponen Nakane, Jinnai y otros sobre "la calidad superior" de la conciencia y de la cultura de las masas populares premodernas de Japón. Si bien es interesante y razonable destacar la importancia similar o superior que tuvo el desarrollo de las masas populares frente al de la élite dirigente, como premisa de la modernidad, y señalar que estas condiciones existieron en Japón a diferencia de lo que sucedió en los países asiáticos vecinos con una larga tradición histórica, no creo que un calificativo como "superior" sea apropiado para caracterizar la conciencia y la cultura de un pueblo en relación a las de los demás. Las masas populares en Japón fueron "mejor entrenadas" —como correctamente expresa Nakane— para convertirse en mano de obra y en súbditos y soldados fieles del imperio colonial. Sin embargo, esas masas fracasaron en defender sus derechos fundamentales tanto individuales como colectivos, dejándose llevar a una guerra desastrosa para sí y para sus vecinos. Habría que formularse, pues, la pregunta de por qué la historia moderna de Japón tomó ese curso y no otro, a pesar de que las masas populares contaban con una conciencia y una cultura "superiores" ¿Por qué no hubo una resistencia popular sustantiva contra el abuso y los errores de los dirigentes?

No obstante estos y otros puntos más que se prestan a discusión, el libro sigue siendo una lectura gratificante. Considerémoslo, pues, como uno de los libros que deben consultar todos aquellos que deseen saber sobre el Japón Tokugawa, más allá del manual de historia general.

MICHIKO TANAKA

John Whitney Hall, *Japan. From Prehistory to Modern Times*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1991. (Reedición de la versión en inglés de 1970.)

EL CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE JAPÓN de la Universidad de Michigan reeditó, como séptimo dentro de la serie "Clásicos en Estudios Japoneses", uno de los manuales de la historia de Japón que quizá sea el más leído en México, en su versión española. Las diferencias en cuanto al contenido son mínimas, excepto que la versión inglesa contiene algunos elementos útiles, como una buena selección de fotografías, el vocabulario y, sobre todo, el tipo mayor de letra, todo lo cual contribuye a la consulta del libro y facilita su lectura.

Esta historia —originalmente escrita en 1968 para la colección de la Historia Universal en alemán, bajo el título de *Das Japanische Kaiserreich*— ha cumplido su cometido de ofrecer una visión coherente y unificada del tema desde el punto de vista de un autor lúcido quien, para ese entonces, ya había señalado un nuevo rumbo en la investigación histórica sobre Japón, con sus estudios acerca de una localidad, en un corte vertical a través de la historia. Casi un cuarto de siglo después, sin embargo, el libro presenta algunos defectos bastante importantes. Dada la gran circulación que este libro tiene en español, señalaré a continuación algunos de esos defectos.

En primer lugar, es importante considerar que el libro reseñado refleja los principales avances de la investigación histórica de la posguerra tanto fuera como dentro de Japón, hasta la segunda mitad de la década de los sesenta. El estado de arte no habría de modificarse radicalmente sino quizá hasta la segunda mitad de la siguiente década. Una serie de descubrimientos arqueológicos y avances en la investigación documental, con nuevos enfoques, produjeron revisiones drásticas de la historia, proceso que aún continúa. Tal vez donde las revisiones fueron más profundas fue en las etapas iniciales de la historia (formación del estado japonés; formas de intervención de los diferentes sectores de la población en el proceso histórico; importantes cambios en la naturaleza del estado en la transición desde la Antigüedad hacia la Edad Media; constancia de los intercambios exteriores a lo largo de la historia, especialmente con los pueblos de Siberia y Sajalin, de la península coreana y de las islas del sur y del sudeste asiático, etc.). Las imágenes de las distintas etapas históricas se rescribieron y enriquecieron incorporando nuevas figuras como actores de la historia: la población no agrícola; la población trashumante; las mujeres, y las "minorías" (étnicas, etc.). El avance en la ciencia es tan rápido, que casi ninguna historia general ofrece un panorama totalmente actualizado.

Esto es, en parte, producto del ensanchamiento del horizonte de los historiadores. Saliéndose de los estrechos límites político-institucionales o de las estructuras socioeconómicas, los seguidores de la Escuela de Les Annales están tratando de reconstruir los modos de vida, las formas de sentir, los cambios de actitudes hacia el medio ambiente, etc. Bajo el impacto de la cultura de imágenes que hoy reina en la mente contemporánea, hubo un gran avance en la lectura de las imágenes. En comparación con la historia de hoy, que trata de recuperar las imágenes de la gente común y corriente, la historia fundamentalmente político-institucional de Hall resulta pobre. Además, el énfasis sobre lo institucional conduce a la sobrevaloración de las actividades oficiales o formales, que constituían y constituían sólo una parte de la vida humana.

Otro defecto de esta obra reside en que no superó la visión etnocéntrica-estadista que prevalecía entre los japoneses en el pasado, y que tomaba los límites territoriales actuales como si fueran el lindero permanente en la historia, y destacaba la imagen homogénea y perpetua de un Japón único. Esta visión impide situar el proceso político de Japón en el contexto del desarrollo político de las áreas colindantes, del continente y del resto del mundo a lo largo de su historia y no únicamente en los momentos de apertura oficial.

Asimismo, el libro sustenta una visión fundamentalmente evolutiva interna y la autosuficiente del proceso económico y cultural. El resultado, es ver a Japón como un sistema cerrado cuya historia no tiene casi ninguna relación con sus vecinos inmediatos, como los pueblos de la península coreana, y que a cambio presenta un paralelismo con Europa occidental.

Todo indica que ya es tiempo de que aparezca una nueva historia general de Japón en español, coherente y unificada desde el punto de vista de un solo autor. Mientras tanto, haremos uso crítico de este y otros manuales.

MICHIKO TANAKA

Shintarō Ishihara, *Le Japon sans complexe*, Dunod Éditeur, Paris, 1991.

EL LIBRO AQUÍ RESEÑADO CONSTITUYE la versión en francés de una de las obras más controvertidas de los últimos tiempos sobre las relaciones nipo-estadunidenses. La edición en japonés aparecida bajo el título de "No" *to ieru Nihon* (El Japón capaz de decir "no"), tuvo como autores a Shintarō

Ishihara y a Akio Morita (presidente de la compañía Sony). El tono acerbo con el que éstos expresaban sus opiniones sobre la actitud de la clase política respecto de las relaciones bilaterales, el cúmulo de detalles con el que demostraban la superioridad japonesa en múltiples sectores productivos o tecnológicos y, sobre todo, los argumentos con los que justificaban la necesidad de que Japón asuma un papel político y militar acorde con su importancia económica y con total independencia de Estados Unidos, llamaron la atención de los estrategas norteamericanos. En agosto de 1989, comenzó a circular en Estados Unidos una traducción del libro fragmentada, pirata y plagada de errores. Según el propio Ishihara, la versión ilegal fue realizada bajo la responsabilidad de una de las agencias de investigación del Pentágono.

Con el fin de cortar de tajo los malentendidos resultantes de la difusión de la edición pirata, Ishihara le propuso a Morita que publicaran la obra en inglés. Morita, para prevenir los efectos negativos que la publicidad podría tener sobre la compañía Sony por él presidida, declinó la propuesta e Ishihara tuvo que emprender solo la tarea de preparar la versión destinada al público norteamericano, la cual apareció bajo el título *The Japan that can say no* (Simon & Schuster; Nueva York, 1991).

La obra, escrita en forma deshilvanada, se organiza en torno a tres temas centrales, los cuales se van repitiendo reiteradamente, pero aderezados cada vez con informaciones picantes, y no por ello menos interesantes, sobre los medios diplomáticos y/o empresariales japoneses y estadounidenses.

El libro gira en torno a la necesidad de que Japón adquiriera plena conciencia de su papel como potencia económica, con el fin de que asuma las funciones políticas y militares correspondientes a dicho papel. Esa idea tiene como corolario la exigencia de afirmar la autonomía de Japón, haciendo la revisión de sus relaciones con Estados Unidos, las cuales han constreñido su evolución desde la derrota en la segunda guerra mundial. Con la afirmación de la autonomía japonesa, Ishihara concibe un nuevo orden mundial organizado en torno a tres polos: Estados Unidos, Alemania y Japón.

La importancia tecnológica de Japón es ilustrada mediante el acuerdo establecido entre Ronald Reagan y Mijail Gorbachov sobre la limitación de las armas nucleares; según el autor, el primero se vio obligado a aceptar el acuerdo porque su superioridad militar estaba supeditada a la voluntad de los fabricantes japoneses de microchips, que se utilizan en los sistemas de telecomando.

Si bien Ishihara reconoce la supremacía norteamericana en el campo de la investigación fundamental, él señala que la ventaja tecnológica de Japón sobre Estados Unidos descansa sobre la disposición de recursos humanos y productivos orientados a traducir los descubrimientos cientí-

ficos en aplicaciones industriales concretas que permiten elevar a un plano superior la producción en serie y la calidad de los productos.

Según el autor, son estos hechos —en tanto que resultados de la síntesis de los métodos de producción capitalistas y de las tradiciones culturales japoneses— los que explican el fulgurante ascenso de Japón al rango de potencia económica. Por lo tanto, dicho país debe defender sus intereses, hasta ahora supeditados a la política norteamericana, con la complacencia de la burocracia japonesa. En ese tenor de ideas, la defensa de los intereses nacionales está ligada a la construcción de un aparato militar acorde con las necesidades del país:

...cualquiera que sea nuestra decisión respecto de la alianza con Estados Unidos, necesitamos reorganizar nuestras fuerzas armadas —actualmente organizadas según una concepción inadaptada del Pentágono— según nuestras propias prioridades para hacer de ellas un instrumento de disuasión más eficaz... (p. 73).

Como ejemplo de la ineficacia del esquema militar actual, se cita la importancia que se le da a las divisiones de tanques, en un país con una topografía extremadamente accidentada. Para demostrar las potencialidades militares de Japón, se hace referencia al proyecto fallido de construir autónomamente el FSX, un avión militar diseñado por técnicos japoneses con características muy superiores a sus similares F-15 y F-16 norteamericanos y MIG soviéticos. Con el fracaso de este proyecto, Ishihara ilustra la ausencia de autonomía de la burocracia japonesa a la hora de tomar decisiones en torno a los intereses nacionales: las autoridades norteamericanas impusieron la construcción compartida del avión de combate, cuando pudo haber sido construido tan sólo con recursos japoneses.

A pesar del tamaño de la tarea que significa poner en pie un aparato militar moderno y sofisticado, Ishihara considera que la disponibilidad de recursos financieros abundantes permitiría que Japón la realizara, transformándola así en una potencia mundial en toda la extensión de la palabra. En caso de lograrse dicha tarea, Ishihara lanza al vuelo la imaginación y sueña con una potencia capaz de consolidar una amplia esfera de influencia (que abarcaría no sólo la región asiática del Pacífico sino que se extendería hasta lo que hace poco era la Unión Soviética) y de disputarle a la CEE la hegemonía sobre Europa del este. De esa manera, en el siglo XXI, el mundo sería tripolar, dominado por Estados Unidos, Japón y la Alemania unificada.

Ishihara pronostica que Estados Unidos, rechazado por los europeos y agobiado por las dificultades económicas, se verá obligado, después de un periodo de distanciamiento y agrias disputas, a reconciliarse con Japón, pues

debería ser una evidencia para Estados Unidos que hay un grupo de naciones que forman parte de la comunidad del Pacífico con estabilidad y potencialidades de desarrollo infinitamente superiores al resto del Tercer Mundo... Un país construido por gente de etnias y razas tan diversas completaría su destino en un Asia rica en diversidades. Estados Unidos serían entonces un pilar central en un mundo tripolar (p. 175).

Para ser consistente, Ishihara debería reconocer que la reconciliación nipo-norteamericana conduciría a una nueva forma de bipolarismo en el que competirían Europa (encabezada por la Alemania unificada) y el Pacífico (dirigido por el *tandem* Estados Unidos-Japón).

La lectura de la obra produce en el lector reacciones encontradas. Por un lado, el tono crítico con el que este libro trata la actitud de los medios oficiales de uno y otro país, así como las interpretaciones acartonadas sobre Japón, resulta alentador, pues sugiere nuevas líneas de reflexión que permitirían explicar las complejas particularidades del país. Por otro lado, el discurso sobre la defensa de los intereses nacionales y los medios necesarios para ello, resulta por demás aterrador; de realizarse los deseos de Ishihara, la instauración de una nueva forma de bipolarismo haría renacer los conflictos militares tendientes a instaurar la hegemonía de un polo sobre el otro. El hecho de que para ello se recurra a armas nucleares o convencionales, poco importa; la diferencia entre unas y otras es cuantitativa, no cualitativa.

JUAN JOSÉ RAMÍREZ BONILLA

Clyde V. Prestowitz, *Trading Places: How America Allowed Japan to Take the Lead*, Tokio, Charles E. Tuttle Company, 1988, 365 pp.

CLYDE PRESTOWITZ EXPLICA EL intercambio de posiciones entre Estados Unidos y Japón en el escenario económico internacional, sobre la base de su experiencia como Consejero para Asuntos Japoneses de la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos y participante en la mayoría de las negociaciones que en materia comercial sostuvieron los representantes nipones y norteamericanos durante la década de los ochenta.

Prestowitz trata de dilucidar las causas por las cuales se dio esta suprema paradoja: Estados Unidos, que se consideraba como el líder indiscutible y como el "maestro" insuperable de los japoneses, quedó convertido, en los años ochenta, en "alumno" de sus pupilos.

En la primera parte del libro, titulada "El gigante dormido", se aborda el tema del fin del siglo americano, y se analiza exhaustivamente el caso de la industria de semiconductores, como un ejemplo del declive norteamericano. Para el autor, la industria norteamericana podrá recuperar su antiguo liderazgo únicamente si es capaz de entender que la sociedad, el mercado, el gobierno y las compañías japonesas no operan de acuerdo con las reglas y los supuestos occidentales, sino que tienen reglas propias y su propia lógica interna. Esta falta de comprensión tiene como su ejemplo más dramático la frecuente demanda que hacen los norteamericanos de que Japón "abra" su mercado, con miras a provocar las condiciones para que los productos norteamericanos participen en el mercado nipón, por lo menos de manera semejante a como participan los productos japoneses en el mercado norteamericano. Si bien, los norteamericanos consideran a los japoneses como *free-riders* y los acusan de realizar prácticas desleales, *dumping* principalmente, los japoneses argumentan que han trabajado arduamente para lograr el éxito y que ahora se les quiere convertir en chivos expiatorios de la desidia y la incompetencia de los norteamericanos que, dicho sea de paso, distan mucho de estar haciendo su mejor esfuerzo para ser realmente competitivos.

En la segunda parte, "Lo que hace funcionar a Japón", el autor trata de explicar qué es Japón y cuáles son los aspectos que hay que comprender acerca de ese país, si se desea tener con él un diálogo fructífero. De acuerdo con Prestowitz, existen cuatro razones por las que se hace sumamente difícil penetrar en el mercado japonés: *a)* la autopercepción que tienen los japoneses de su singularidad; *b)* la orientación de grupo; *c)* la desconfianza respecto de los extranjeros, y *d)* la búsqueda de autosuficiencia, como parte de la seguridad. Frente a esto, surge la interrogante de si Japón está realmente siendo desleal, o simplemente está siendo Japón. Pedirle a Japón que se "abra" equivale a pedirle que sea menos exclusivo y, por lo tanto, menos japonés. He aquí la razón por la cual muchos japoneses consideran que Estados Unidos pide lo imposible.

En la tercera parte del libro, titulada "Lo que provocó la pérdida del dinamismo norteamericano", Prestowitz señala que la constante en los negocios norteamericanos obedece a la máxima de "cada quien para sí mismo". No existe, pues, coordinación y lo que hay en cambio es una feroz competencia que desemboca en el darwinismo económico, donde las que están destinadas a sobrevivir no son otras más que las compañías japonesas.

Como plantea Prestowitz, argumentar que todo se debe a que los japoneses han hecho las cosas estupendamente bien, mientras que los norteamericanos han cometido errores equivale a caer en un reduccionismo simplista. Existen tres importantes aspectos que deben tomarse en cuenta: la coordinación japonesa de las actividades comerciales; las poli-

ticas de los distribuidores y de los compradores norteamericanos y, finalmente, las políticas del gobierno norteamericano.

Otro aspecto importante que señala el autor es que en Estados Unidos se carece del concepto de "industrias estratégicas"; por ello, no se tiene la capacidad de conducir los esfuerzos en una dirección específica que produzca, eventualmente, resultados concretos. En cambio los japoneses sí se centran en aquellas empresas que proporcionan un mayor poder de negociación internacional. En efecto, uno de los grandes problemas norteamericanos es que no se cuenta con nada parecido al MITI; es decir, un organismo que coordine las acciones y lleve la batuta en las negociaciones comerciales con Japón.

En la parte final del libro, donde Prestowitz da "Una mirada hacia el futuro", se presentan algunas recomendaciones para resolver cada uno de los problemas analizados en los capítulos precedentes. Aunque el libro está principalmente dirigido a un público norteamericano, las recomendaciones para Japón resultan sumamente significativas: a) Japón debe llevar a cabo una reforma que otorgue a los campesinos el peso político que realmente les corresponde; b) Japón debe convertirse en uno de los principales mercados internacionales; c) Japón debe contribuir en mayor cantidad para mantener el *free-world system*; d) Japón debe ser parte del mundo moderno, en lugar de sólo estar en él. En Japón se piensa que la internacionalización, o *kokusaika*, es esencial; sin embargo, el autor se pregunta si los japoneses realmente entienden el significado del término. *Kokusaika* significa, por definición, ser menos exclusivos pero, ¿están los japoneses dispuestos a ello? Ésta es una pregunta para la cual el autor no da respuesta, dejando que el lector la encuentre.

AIDA CRUZ FIERRO

Gregory J. Kasza, *The state and the mass media in Japan 1918-1945*, Berkeley, University of California Press, 1988, 335 pp.

GREGORY KASZA, BASADO EN el empirismo "total" de S. Alexander, realiza en su libro un examen minucioso y bastante documentado —con gran profusión de estadísticas recabadas aquí y allá en fuentes primarias— del desarrollo, a veces muy accidentado, de los medios masivos de comunicación en Japón, desde fines de la primera guerra mundial hasta fines de la segunda.

El libro se encuentra dividido en dos partes. La primera se titula "La

democracia y la libertad bajo los gobiernos de partido, 1918-1932". A su vez, esta primera parte comprende varias subdivisiones que, antes que nada, conectan el periodo de estudio específico con el régimen de Meidyi, que se considera el parteaguas de la historia japonesa moderna. Una vez establecida esta frontera, se estudian uno por uno los distintos medios de comunicación masiva en Japón.

En la segunda parte, llamada "La revolución administrativa bajo la férula militar-burocrática de 1937-1945" se sigue el mismo esquema de subdivisión: primero; mediante una llamada etapa de transición, conecta el periodo a estudiar con la situación social pasada y la situación posterior, y en los siguientes subapartados analiza uno por uno los medios masivos de comunicación en Japón.

En ambas partes su tema central son las políticas estatales que trataron de obstaculizar el desarrollo de los medios masivos de comunicación en Japón. Sin embargo, el mismo autor reconoce que dichas políticas no han sido exclusivas de Japón, pues fueron aplicadas por el resto de los gobiernos del mundo. El caso japonés es peculiar sólo por el gran poder que tradicionalmente tiene la burocracia en dicho país. Este poder aumentó, además, tras la restauración Meidyi.

En el libro de Gregory Kasza aparecen dos actores autónomos plenamente diferenciados: la sociedad y el estado. Esta pareja sostiene relaciones tormentosas. En ocasiones, el enfrentamiento entre ellos es más agudo y a veces la tensión disminuye; sin embargo, el conflicto es perenne. La sociedad está en contra del estado y éste, a su vez, constituye la antipoda de la sociedad.

Sin embargo, una vez que Kasza ha aislado estas esferas de la realidad, se ve obligado a establecer un vínculo entre ellas: serán los medios masivos de comunicación los que les permitirán dialogar. Los medios masivos hacen teóricamente probable la coexistencia pacífica de la sociedad y del estado; sin embargo, debido a sus pareceres contrarios cada uno de ellos tratará siempre de expropiarle la voz y la conciencia a los medios masivos de comunicación. Expropiar significa, en este caso, imponerle a la colectividad una visión única de la realidad. Si es la sociedad la que alcanza este objetivo, entonces el estado naturalmente comprenderá que su obligación es reducirse, cederle a la sociedad los espacios que hasta hoy ocupa sin derecho, para finalmente desaparecer con el fin de permitir que todo sea sociedad. Pero si es el estado el que le expropia la voz de la ciudadanía, entonces los medios masivos presentarán como aspiración de ésta, el crecimiento del aparato estatal y la disminución de la autonomía social. Para lograr esto último, el estado cuenta con una burocracia tan enorme que abarca incluso los medios de comunicación; cuenta también con la censura y con las leyes elaboradas y aprobadas en sus círculos de influencia, leyes que dictan lo que se puede decir y lo que se debe callar.

Para imponerle su voz a los medios masivos, la sociedad se vale de diversas argucias dado que su poder es menor. En algunas ocasiones echa mano de la lentitud de la acción censora, en otras aprovecha la corrupción de la burocracia, en otras usa su astucia para engañar al censor y en otras, sobre todo cuando el gobierno es más liberal, aprovecha la lenidad con la que se ponen en práctica las leyes, o la benignidad de las sanciones establecidas.

Pero si el estado se fortalece, como sucedió en Japón al final de la era Taishoo, entonces se cierra todo resquicio por donde hubiera podido oírse la voz de la sociedad. La ciudadanía, sin embargo, se opuso a tal situación, a pesar de la dureza inicial del régimen de Shoowa, y fue precisamente entre los años 1937-1945 cuando la resistencia civil a la represión de los medios masivos pasó por su época más difícil.

Sólo el crecimiento de la sociedad civil pudo transformar esta relación estado-medios-masivos-sociedad. Ésta es la lección más importante que los ciudadanos japoneses le han dado al resto del mundo.

DANIEL SANTILLANA

Katsu Kokichi, *Musui's story. The autobiography of a Tokugawa Samurai*, traducción, introducción y notas de Terkuko Craig, Tucson, University of Arizona Press, 1988, 178 pp.

LA HISTORIA DE MUSUI (1843) de Katsu Kokichi (1802-1850) pertenece al género de la novela picaresca, tanto por su propósito moralizante como por ser el relato de los diversos descabros de quien la narra, que es su protagonista principal. *La historia de Musui*, que tiene la intención de ser autobiográfica, está dividida en ocho partes simétricas: seis capítulos, una introducción y una conclusión. Es en estas últimas donde se hace explícito el propósito ejemplar del libro y el carácter pervertido del autor quien, pese a todo, agradece al cielo su redención. Los capítulos van pareados de la forma siguiente: "Infancia" (cap.1); "Huida" (cap.2); "Juventud" (cap.3); "Huida" (cap.4); "Madurez" (cap.5), "Retiro del mundo" (cap. 6). Este último capítulo funciona, por cierto, como huida y no como encierro monástico: el protagonista continúa con sus truhanerías aun después de retirado. Antes de la conclusión aparece, sin embargo, un apéndice, que no tiene una relación estructural sino temática con la novela; es el capítulo 7, "Algunos otros incidentes".

Katsu Kokichi, quien adopta el nombre de Musui al retirarse, es un

ser que pese a su condición de samurai, de hijodalgo (aunque de baja categoría y rentas reducidas), se abre paso en la vida a puñetazos. Cada uno de sus logros es resultado de una guerra feroz que sostiene con el mundo. Este personaje es un ser en el que se mezclan extrañamente las buenas y las malas cualidades. Vagabundo por temperamento, pendenciero de condición, tumultuosamente desordenado en su cotidiano vivir, fanático de los burdeles desde adolescente, inquieto y afanosamente inestable; sin embargo, siempre permanece sobrio, y aunque gusta de repetir que el sake no lo atrae, bebe si lo obligan aunque jamás pierde el autocontrol. Es despilfarrador y desdén gana el sustento honroso y metódicamente, por lo que tiene que aguzar el ingenio para vivir de los demás, pero también es generoso. No hay, pues, defecto que Musui no tenga, ni impulso generoso del que carezca. Fracasa una y otra vez, y una y otra vez, a puñetazo limpio —porque es karateka y judoka— rehace su fortuna, sólo para ir a perderla al burdel. Kokichi nunca aprende nada de sus experiencias, aunque sustenta la esperanza de que si escribe sobre ellas, los hijos, los nietos y los bisnietos de su hijo Rintaroo —quien es inexplicablemente un espejo de caballeros— podrán evitar los errores de su pecador ancestro.

La historia de Musui es un alegre catálogo de personajes de la más baja sociedad japonesa del bakumatsu. Alrededor de Kokichi gravitan astutos mendigos, efebos, avaros enfermizos que casi matan de hambre al buen Kokichi, ladrones natos, madrastras crueles e hipócritas, niños despiadados, orgullosos y honorables siervos del shogun que no le son fieles a su señor, niños injuriados sexualmente, jugadores, borrachos, pendencieros, prostitutas jóvenes y rameras acabadas, tahúres, alcahuetas, encantadores, karatekas, adúlteras y otras mil figuras de vida dudosa.

La historia de Musui, que como ya señalamos pretende ser autobiográfica, adopta por ello la forma de un relato abigarrado y desordenado de hechos. La novela transcurre en zig-zag, como la vida real, y no según un esquema ordenado y sistemático, diseñado según los cánones artificiales de la creación literaria.

Al acercarse a *La historia de Musui*, el lector occidental no podrá más que recordar la idea medieval de la "fortuna" —que, por ejemplo, emplea Boecio— como una rueda que gira inestable, y que lo mismo exalta o humilla al hombre.

La historia de Musui, como parte de un género novelístico, no surge aislada. Se trata de una de esas novelas cómicas y de viajes que florecieron hacia el final del shogunato, cuando el mundo elevado y heroico del clasicismo japonés ya se había desmoronado para dar paso al surgimiento de un nuevo tipo de héroe que es, a la vez, la antítesis del heroísmo. Estamos hablando del comerciante de Edo y Kioto cuyos valores hedonistas (en *La historia de Musui* no hay ninguna relación amorosa y, por lo tanto, no existe la complicación trágica) y pragmáticos empiezan a ser integrados a

la narrativa. El pragmatismo de los Edo-chonin limita en cierto sentido el mundo novelesco; sin embargo, novelas como *La historia de Musui* superan tales limitaciones y presentan un excelente retrato de la sociedad japonesa de la época que posee, además, una honda vitalidad humana.

DANIEL SANTILLANA

William J. Holstein, *The Japanese Power Game. What It Means for America*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1990, 339 pp.

ESTE LIBRO SE INSCRIBE DENTRO de la vasta literatura producida en Estados Unidos que pretende desentrañar los secretos del poder y el éxito de Japón. Como no cualquiera puede (debe) sumergirse en esos abismos, el autor —ex corresponsal del *Business Week*— se vanagloria de ser alguien que ha estudiado las relaciones Estados Unidos-Japón durante más de una década, lo que le permite calificar como un conocedor del “juego de poder” japonés, tanto en lo interno como en lo internacional.

En la primera parte, Holstein afirma que a pesar de los aparentes cambios que se están produciendo para que Japón se abra más a Occidente, en realidad la sociedad permanece inmutable. Sus ejemplos son más anecdóticos que genuinamente culturales; sin embargo, a partir de ellos hace generalizaciones. Tal es el caso cuando concluye que la idea japonesa de “lo justo” (*fair* en inglés, *koojei* en japonés; p. 68) es totalmente *sui generis*, con lo cual deja al no conocedor con la idea de que la justicia nipona es perversa si se le compara con la muy moral y equitativa justicia anglosajona.

La segunda parte resulta de mayor interés, sobre todo porque escudriña en los entretelones del famoso escándalo de la compañía *Recruit* la cual, a través de sobornos y de artimañas ilícitas en el mercado bursátil, afectó la reputación y el futuro de una parte de la élite gobernante y puso al descubierto la corrupción que hay en la política nipona. No obstante el empeño que pone Holstein en dar muestras de su conocimiento profundo acerca de Japón y de sus particularidades, lo cierto es que tampoco aquí el lector queda plenamente satisfecho con sus explicaciones. Su tesis de que el escándalo fue resultado de un complot magistralmente trazado por el ex premier Nakasone en contra de Shin Kanemaru, uno de los dinosaurios de la política japonesa, resulta inverosímil.

En la tercera parte, el autor libera su imaginación acerca del futuro político y económico de Japón. En ella examina el supuesto sentido misio-

nal del país en su expansión hacia afuera, en contraposición a los valores tradicionales de la cultura norteamericana. Finalmente, al abordar la respuesta de Estados Unidos ante el juego de poder japonés, Holstein propone repensar a Japón, asumiendo que ya no es posible verlo como aliado o enemigo, sino como ambas cosas: un aliado-enemigo. Considera, asimismo, que debe desaparecer la relación patrón-cliente que prevalece en el equilibrio actual entre Estados Unidos y Japón; aunque la realidad confunde, puesto que no queda claro a quién se le asigna hoy en día el papel de patrón y a quién el de cliente.

En suma, se trata de una obra que en buena medida no oculta su origen periodístico. Aunque denuncia la manipulación sentimentaloides de la que se valen los japoneses para obtener beneficios, en ocasiones el autor incurre también en ella, como cuando, al denunciar el complejo de conmiseración que con frecuencia enarbolan los nipones para ganar espacios, él mismo termina lamentando la falta de comprensión para con los norteamericanos (pp. 66-67). Holstein se sorprende, incluso, de que esté reapareciendo el antiyanquismo en Japón, como si no hubiese razón alguna para ello.

VÍCTOR KERBER

J.P. Seaton y James Cryer, *Li Po and Tu Fu; Bright Moon, Perching Bird*, Wesley UP, 1987, pp. xxii + 204.

EN ESTE LIBRO ENCONTRAMOS unas cincuenta traducciones de dos de los poetas chinos más conocidos en Occidente: Li Po (701-762) y Tu Fu (712-770). Aparte de las monografías especializadas, como las de Arthur Waley sobre Li Po y William Hung sobre Tu Fu, y antologías (cfr. *The Jade Mountain*, de Bynner y Chiang, y *Sunflower Splendor*, de Liu y Lo) que contienen una selección amplia de ambos poetas, existe en inglés la obra de Arthur Cooper (Penguin, 1973) que se dedica al mismo tema y que lleva un título igual *Li Po & Tu Fu* (cfr. la reseña en *Estudios Orientales*, núm. 23). La pregunta sería entonces si este nuevo libro de Seaton y Cryer añade algo importante a nuestros conocimientos sobre Li Po y Tu Fu. Según mi parecer, la respuesta es que el libro añade bastante poco. En primer lugar, no se trata de una comparación entre los dos poetas, sino de una recopilación de dos versiones que tienen poco en común entre sí; los autores tampoco se interesan por los aspectos puramente técnicos de la traducción, como las cuestiones métricas o el uso de la rima, destaca-

dos en el libro de Cooper. En segundo lugar, las traducciones mismas dejan mucho que desear. En el campo de la teoría, por ejemplo, el señor Cryer parece tener afición por el desacreditado "método ideogramático" de traducción (p. xiv: "Quiet Night: Remembering", de Li Po, por ejemplo, contiene entre sus veinte caracteres seis elementos pictóricos que representan a la luna [...]). El poema, en el que la luna es el símbolo central, simplemente resplandece con la luz de la luna"; no obstante, en la práctica (p. 27), produce en este caso una versión bastante pedestre, que además se basa en una variante (*shan yüeh*, "la luna sobre la montaña", por *ming yüeh*, "la luna resplandeciente"), que casi nunca ha sido citada (y que *reduce* en un sexto sus "elementos pictóricos que representan a la luna"). Su versión (cursivas en el original) es la siguiente:

Moonlight
by my bed
or frost
on the earth?
I raise my head
it's the moon
over the mountain
and lie back
thinking
of home

El señor Cryer también carece, en ciertos momentos, de una comprensión profunda de su autor. Por ejemplo, en "Sitting alone on Ching-t'ing Peak" (p. 37), el punto central del poema, que queda expresado en el último verso, es la identificación absoluta, en una especie de trance, del poeta con la montaña (*chih yü ching t'ing shan*: "there is only (*chih*) Ching-t'ing Peak", o sea, "sólo hay el Pico de Ching-t'ing"). En la versión de Cryer, el yo de Li Po queda claramente presente:

all
the high flying
birds
are gone
the last cloud
leaves
as well
but we two aren't bored
me and
Ching-t'ing Peak

El traductor de Tu Fu, el señor Seaton, también tiene sus momentos

“ideogramáticos” (p. xiv): “En ‘Pollos atados’ de Tu Fu el carácter para ‘atado’ aparece cuatro veces, y una vez un carácter gráficamente similar, y cada uno de ellos contiene, como un elemento, el carácter para Fu, el nombre que se da a Tu Fu”; pero sus versiones son, por lo general, mejores que las de su colega. Un tercer factor que atenta contra la seriedad del libro es el de las ilustraciones y de la caligrafía (esta última para cada poema) de Mo Ji-yu y Huang Yong-hou. Estos toques, excelentes en sí mismos, constituyen simplemente añadidos a un libro pretencioso ya de por sí suficientemente débil. En resumen, diría que el único valor del libro de Seaton y Cryer es el de ser un buen ejemplo de lo que debería evitarse. La lección para los que traducen a idiomas como el español, que carecen de muchas versiones de la poesía china, es aun más aguda.

RUSSELL MAETH CH.

William Alexander y George Henry Mason, *Views of 18th Century China; Costumes: History: Customs*, Londres, Studio Editions, 1988, pp. 223.

SEGÚN UNA NOTA DE LA EDITORIAL, este volumen consta de dos libros: *The Costume of China* de George Henry Mason (1804) y otra obra del mismo título de William Alexander (1805). Ambos tratados fueron publicados por William Miller de Londres. La organización de las 109 láminas a color de este volumen —cada una acompañada en la página opuesta por el texto original explicativo— se hizo de manera alternada: la primera lámina corresponde al libro de Alexander, la segunda al libro de Mason y así sucesivamente, hasta que las últimas doce láminas provienen todas de Mason.

Mason fue un oficial inglés que permaneció en Cantón desde 1789 hasta 1790, y que comisionó a un pintor chino, Pu-Qua, para que pintara una serie de escenas de la vida cotidiana de aquella ciudad, tomando como tema el pueblo común ocupado en sus labores de todos los días. (En la portada del libro se le atribuyen erróneamente estos dibujos a Mason mismo.) Alexander, por su parte, en 1793 acompañó a la embajada de Lord Macartney frente al emperador chino Ch'ien-lung, en calidad de dibujante oficial. Sus dibujos abarcan una gama más amplia que los de Pu-Qua, tanto en términos del contenido (paisajes, arquitectura, buques, puertos, etc.), como en términos geográficos.

Cualquiera que sea el criterio de medida que se utilice, el siglo XVIII

fue una de las grandes edades de la historia de China, comparable solamente con los apogeos de Han y de T'ang. De hecho, Ping-ti Ho, *Studies on the Population of China, 1368-1953* (1959), pp. 270-278, considera que las "condiciones óptimas", con la tecnología de la época, se lograron entre 1750 y 1775, escasamente una generación antes de la llegada de los viajeros ingleses Alexander y Mason, cuyas obras nos ofrecen un vislumbre único de la vida del imperio chino justo antes de la caída catastrófica que le acechaba unas décadas después. Por lo tanto, es de lamentar que, salvo una introducción de una sola página escrita por Lord MacLehose de Beoch, K.T., no se proporcione ningún aparato explicativo ni a las láminas ni a los textos que las acompañan. (La figura representada en la lámina núm. LII, por ejemplo, sigue siendo mal identificada como un boticario, mientras que los caracteres chinos escritos sobre la cesta la identifican claramente como un vendedor de galletas.) No obstante, esto es en realidad sólo un pequeño defecto para el lector interesado. El valor real del libro reside en la fascinación y la belleza de las láminas mismas y la luz que ellas arrojan sobre un estilo de vida y una civilización ya irremplazablemente desaparecidos.

RUSSELL MAETH CH.

André Lévy (comp.), *Nuevas cartas edificantes y curiosas escritas desde el Extremo Oriente por ilustrados viajeros chinos durante la Bella Época*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 327 pp.

EL LIBRO QUE AQUÍ CONSIDERAMOS es una traducción al español del original en francés, publicado en 1986. Su título hace alusión a la voluminosa obra *Lettres édifiantes et curieuses...* publicada en 34 tomos en París, entre 1703 y 1776, que contiene una vasta cantidad de información sobre China recopilada en gran parte por misioneros de la Compañía de Jesús. Muy probablemente, esta publicación le sirvió de acicate a Montesquieu, quien en 1721 publicó sus *Lettres persanes* donde contempla satíricamente las costumbres de los franceses, supuestamente desde el punto de vista de un visitante persa. Por su parte, Goldsmith publicó en 1762 *The Citizen of the World*, donde el visitante es un chino y la escena de sus observaciones es Inglaterra. En el caso del libro del señor Lévy, la realidad imita al arte, en el sentido de que este autor ha podido explotar extensas fuentes chinas, la mayoría de reciente publicación, sobre las reacciones de visitantes chinos a Europa —en especial a Francia, durante el periodo de 1866-

1906, la "Belle Époque". Aquí, desafortunadamente, termina la semblanza, porque en general los chinos enviados a Europa por el gobierno chino imperial fueron funcionarios no muy "ilustrados", quienes legaron memorias oficiales poco imaginativas o profundas. De hecho, hay una que otra anécdota picante, como la de los burdeles de Estocolmo o la pasión de una sobrina del eminente sinólogo Legge por un joven estudiante chino en Edimburgo. Pero, en general, las cartas supuestamente "edificantes y curiosas" son de la siguiente índole: "Lyon tiene seiscientos mil habitantes, y la capital más de un millón. Trescientos mil miembros del ejército se encuentran en las calles y los bulevares, vestidos con pantalones rojos y sacos negros, yendo y viniendo muy erguidos, con un bastón en la mano", etc., etc. Resulta entonces que el autor, un distinguido estudiante francés de la novela clásica china, se vio obligado aparentemente a proporcionar una buena dosis de "relleno", a veces no muy relacionado con el tema, que termina por fastidiar un poco al lector. Hay una que otra lectura del texto chino que resulta rara. Por ejemplo, la mención de "autos" (en la p. 115 y en otra parte) dentro del contexto de las décadas de los sesenta y de los setenta del siglo pasado ¿constituyó un *lapsus* del autor o de la traductora? (No tenemos ni el texto en francés ni el texto chino al alcance de la mano.) Para resumir, el libro del señor Lévy hubiera sido mucho mejor si entre los visitantes chinos hubiera habido un Montesquieu o un Goldsmith o, por lo menos un ingenioso jesuita. Al no haber sido así, el resultado se vuelve un tanto decepcionante.

RUSSELL MAETH CH.